

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO XIII

Valladolid: Marzo de 1915.

Núm. 147

LOS PALACIOS DE LOS REYES DE ESPAÑA EN LA EDAD MEDIA

(Papeleta para una **Historia de la Arquitectura Civil Española**).

(Continuación) ⁽¹⁾

Se halla en litigio si este palacio fué origen del monasterio, ó viceversa: la existencia de uno, como casa de descanso del Rey, se tenía por cierta y se daba como origen del nombre dado al monasterio; pero más probable parece que el palacio de que habla el Tudense fuese construído por Alfonso VIII después de hecha la casa monástica, para vivir por temporadas cerca de su amada fundación (2). Ni de esta residencia regia ni de la de Santander queda nada; de la de Castro-Urdiales parecen ser unos muros con puerta y ventanas, á los pies de la gran iglesia de Santa María, todo sencillo, pero interesantísimo; y más si, como se pretende, estas piedras vieron la redacción de las Partidas.

Los Reyes de León, después que cedieron su antiguo palacio para levantar la iglesia de Santa María, debieron de emprender la construcción de otro. No conozco la fecha, pero sí que «era pegado con la iglesia de San Isidro», según dice el Tudense en el capítulo XXXV del libro de los Milagros. Llámase aún «cámara de D.^a Sancha» la gran sala que existe sobre el panteón de los Reyes; mas es seguro que nunca la pisó la Reina hermana de Alfonso VII, á lo menos en su estado y forma actuales (1).

Otros dos palacios regios hubo en León. De uno era un gran arco de yesería que se veía no ha mucho en el cuartel de la calle de la Rúa; de otro, edificado por D.^a Berenguela, esposa de Alfonso IX, se enseña aún el sitio.

(1) Véanse los números 145 y 146.

(2) *El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos y el Hospital del Rey*, por D. Amancio Rodríguez López; Burgos, 1907; tomo I, pág. 36.

(1) *Los Benjamines de San Isidro*, por el M. I. Sr. Don Julio Pérez Llamazares; León, 1914.

Los Reyes de Aragón tuvieron su primera capitalidad en Jaca. No hay cita de su palacio; yo,

HUESCA



CASTILLO DE LOARRE

(Fot. X).

al menos, la ignoro. Puesta su mira en Huesca, levanta Sancho Ramírez, hacia 1065, los castillos de Montearagón y de Loarre. Aun subsiste este estupendo monumento, sin duda la más antigua de las residencias Reales cristianas existentes en España, excepción hecha del dudoso ejemplar de Naranco. Fortaleza, palacio y monasterio, constituye un ejemplar de excepcional interés en la historia monumental española. Si su iglesia llegó á nosotros íntegra (1), no así la parte de construcción civil. En la semidestrucción y alteración que los hombres y los tiempos causaron, aun se adivina un agrupamiento en dos partes: la militar, á la derecha, y la civil ó palaciana, á la izquierda de un patio ó plaza de armas. Nada queda de pormenores distributivos; la tradición, sin embargo, sigue llamando «salón de la Reina» al gran espacio donde acaso estuvieron los departamentos de las damas; «capilla de la Reina», á un aposento contiguo á la iglesia, quizás tribuna con vistas á ella; y «mirador de la Reina», á una preciosa ventana románica que abre al hermoso paisaje oscense. Claro es que, dados la época de

(1) Véase *Historia de la Arquitectura Cristiana Española*, por el que esto escribe; tomo I.

construcción y el objeto, el palacio de Loarre tiene todo el carácter del castillo roquero, donde la vida civil se haría incómodamente, en abyecta promiscuidad con soldados y servidores (1).

De Montearagón sólo hay murallas y una cripta.

Conquistada Huesca, fué Corte de Aragón, y, según costumbre, sobre la arábica Azuda, se levantó el palacio de los Reyes, con tal oficio aun después de la toma de Zaragoza, como sabemos por la historia de Ramiro *el Monje*. Al instalarse en los siglos XIV y XV los «Estudios» (Universidad), establecióse, por donación Real, en parte del palacio; la otra siguió como tal, hasta que Felipe III la dió, ya en estado de ruina, á la misma Universidad, aunque «con la obligación de con-

HUESCA



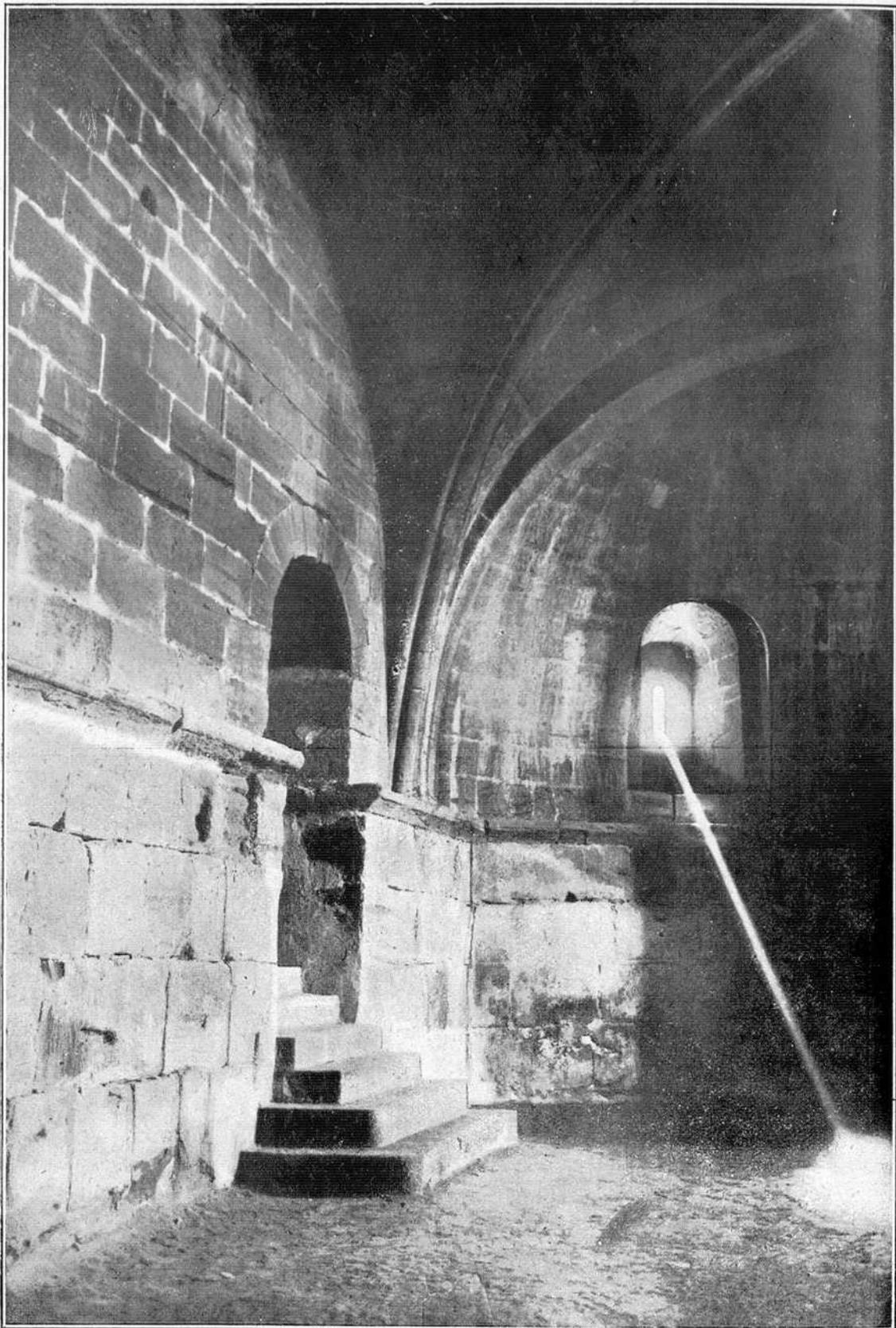
CASTILLO DE LOARRE (DETALLE)

(Fot. La Figuera).

servar en pie lo que aun no se había hundido» (2).

(1) *El Castillo de Loarre y el Alcázar de Segovia* por D. Isidro Gil; Burgos.

(2) *Historia de las Universidades*, por D. Vicente de la Fuente; tomo I, pág. 247.



SUBTERRÁNEO LLAMADO "LA CAMPANA DE HUESCA", EN EL INSTITUTO

Del palacio oscense dice Aínsa que tenía *arcos, torres, almenas, columnas, capiteles, relieves y pinturas*, todo lo cual expresa un edificio fortificado al exterior y muy decorado al interior. Afortunadamente, algo queda más decisivo que la descripción de Aínsa: un subterráneo y un salón englobados en las modernas construcciones del Instituto de segunda enseñanza. Son dos construcciones sobrepuestas, de arquitectura románica, de evidente carácter civil. Se las designa con los nombres de «La Campana de Huesca» y «Sala de D.^a Petronila», por suponerse que la baja fué el escenario del feroz, pero no comprobado, acto del Rey monje, y que la alta fué aposento de la Infanta en quien habían de unirse las coronas aragonesa y catalana.

La planta de ambas es rectangular, terminada

BARCELONA



RESTOS DEL PALACIO REAL DE VALDAURA

(Fot Mas).

en los lados por sendos hemicírculos. Liso de muros, con bóvedas de cañón y de horno nerva-

HUESCA



«SALA DE DOÑA PETRONILA», EN EL INSTITUTO

(Fot. Albasini).

das, es el subterráneo; muy decorada, con columnas y ventanas abocinadas (la bóveda es posterior), la sala. Con no ser más lo que queda del regio palacio oscense, es interesante, pues no abundan las construcciones civiles del siglo XII.

De los principios de éste es la conquista de Zaragoza por Alfonso *el Batallador*. Su residencia oficial y la de sus sucesores hasta el siglo XIII por lo menos fué el palacio árabe La Azuda. Las crónicas mientan el salón de *mármoles* (de columnas, seguramente), el de la gran chimenea, el de los paramentos, la capilla de San Jorge y un patio con galerías. Nada queda, sino una torre de ladrillo, de tipo mudejar, probablemente del siglo XIV, de escaso interés.

En esta centuria la residencia Real se traslada á la Aljafería, de la que se tratará en otras páginas.

La Casa Condal de Cataluña tuvo una residencia en Barcelona, de la que se tienen algunas noticias. En 1044 el Conde Ramón Berenguer *el Viejo* hace una donación del hospital que había «junto á mi palacio condal del monte Tabor» (1).

(1) *El Palacio Real Antiguo y el Cuarto Nuevo, ó Palacio del Lugarteniente de S. M.*, por D. Francisco de Bofarull y Sans; Barcelona, 1904.

El emplazamiento era el montículo central de la antigua Barcelona. La residencia del viejo Conde fué destruída en el siglo XIII para levantar el palacio de que luego trataré.

LÉRIDA



RESTOS DEL PALACIO DE LOS REYES DE ARAGÓN
(Fot. Mas).

De otro, llamado de Valdaura (siglo XII), en las cercanías de Barcelona, sabemos que tenía amplio patio, muros con ventanas ajimezadas, torres con merlones. Los restos existieron hasta hace poco: al menos, se daba por ser de aquel palacio un muro con ventana, en la calle de las Magdalenas (1).

(1) *Garlanda de Joyells* citada; *La Via Layetana*; por F. Carreras y Candi; Barcelona, 1913; pág. 52.

En el XIII, los Reyes de la Corona de Aragón tuvieron dos palacios en Lérida. La noticia la contiene la crónica ó historia de D. Jaime I, y hay en ella un dato de excepcional interés. Al relatar su jura, dice: «... nos presentó á las Cortes desde el palacio que hay ahora de sillería y era entonces de madera, por la ventana donde está hoy la cocina, en que se da de comer á los comensales de palacio» (1). Aparte de la noticia de palacio «de sillería» en Lérida, está la curiosísima de aquel otro palacio de 1214, que era de madera. ¿Cómo habrá de entenderse esto? ¿Sería un edificio de carácter provisional levantado á raíz de la reconquista de la ciudad? ¿Sería una construcción de «entramado», permanente y artística?

Del palacio «de sillería» quedan en el castillo de Lérida algunos restos: muros coronados por arquillos de sabor mudejar. Cook, que lo vió en 1585, dice de él: «El castillo del Rey está encima de la iglesia mayor, hacia el Norte, sin morador: parece... haber sido fuerte en su tiempo...» (2).

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

(Continuará).

(1) *Historia del Rey de Aragón D. Jaime I el Conquistador*, traducida al castellano por Mariano Flotats y Antonio de Bofarull; Valencia, 1848; pág. 25.

(2) *Relación del viage hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, por E. Cook; Madrid, 1876.

LA FASTIGINIA



(Continuación) ⁽¹⁾

15 DE JUNIO

El miércoles no hubo cosa notable. Contáronme, mas lo tengo por mentira, que el hijo mayor del almirante fué á revelar al rey que era católico, pidiéndole diese orden para que su país le dejara á su servicio, y que Su Majestad le hizo mucho honor y le animó á perseverar en el mismo propósito, dándole palabra de procurar que su país le volviese á mandar á la corte, porque ahora podía perjudicar á la paz que el embajador se quejara de que le retenían á su hijo. Con la misma incertidumbre digo que me contaron que el propio almirante dijo, en casa del duque de Cea, que había escrito al Papa sobre reconciliarse con la Iglesia romana, pidiendo las rentas que tenía de la Iglesia.

Lo que aseguran es que el embajador que queda es católico y así lo son algunos, que consienten en quedar aquí. Y sucedió en el seminario ó colegio de jóvenes ingleses, que hay aquí en Valladolid, para volver á morir por la fe (2), que, acabando un inglés noble de confesarse, entró otro con el mismo fin; el primero, temiendo que le vieran esperar, se salió, diciendo que había venido á ver á un pariente suyo, y, volviendo luego para comulgar, halló al amigo que se estaba confesando, y en saliendo le echó los brazos al cuello, y, llorando ambos de alegría, se fueron á comulgar, descubriéndose los corazones, y así dicen que lo hacen otros, mas encubiertamente, y me enseñaron dos que se iban á Roma.

Yo hablé con algunos y cierto que es una confusión la en que viven, que ni ellos se entienden; y así el padre es de una secta y la madre de otra y los hijos de otra.

Uno de estos me contó que conoció en Flandes á un hijo de D. Manuel, hijo del Sr. D. Antonio, y que los hijos eran católicos y las hijas herejes como la madre, y que tendría 14.000 cruzados de renta, y que vió en París á su hermano D. Cristóbal, que anda como un hidalgo pobre, y le da el rey poco más de 600.000 reis cada año y *otro buen viejo* (1) Arias Gonzalo de Diego Botelho, que vive en el convento de San Francisco, donde va cada día á visitar á su desgraciado rey, el cual está lastimosamente metido en un ataúd de pino, metido en la pared, cubierto de bayeta, con unas banderas de lo mismo y unas letras en papel, que son sus epitafios, en que se ve lo que somos, pues, habiendo allí tanta gente, no hay siquiera quien le entierre bien; aunque él parece que tuvo alguna estrella pícara en vida y en muerte, y venturosa solamente en huir, y la misma estrella alcanzan los hijos, que tan espaldadas andan estas reliquias suyas y del Portugal viejo, que se le puede aplicar por ironía lo que de Pompeyo dice Marcial por grandeza, que á él le mataron en Egipto, que cae en Africa, á Sexto Pompeyo, su hijo, en España, y á Cneo Pompeyo en Asia:

Pompeios juvenes Asia atque Europa, sed ipsum
terra tegit Libyes, si tamen ulla tegit.
¿Quid mirum toto si spargitur orbe? jacere
uno non poterat tanta ruina loco (2).

(1) Véanse los números 123 á 125, 127, 128, 131, 133 á 136, 138, 140, 143 y 145.

(2) El fundado por Felipe II, que subsiste aún.

(1) En castellano estas palabras. Alude á los romances del Cid, donde se llama á Arias Gonzalo *buen viejo*.

(2) Marcial. L. V., ep. 76.

Igual les fuera venir á ponerse á los pies de Su Majestad y vivirían más honrados que bajo los pies de los extranjeros luteranos (1).

16 DE JUNIO

El jueves se fué para Portugal mi buen amigo, dejándome cargado de tristezas y obligaciones; y como á heredero universal de acciones activas y pasivas, me dejó á mi cuenta su alma tan triste, como quien se apartaba de cuerpo tan contra su voluntad como Vasco Figueira (2), quiero decir, la señora madama Ursula, que acepté á beneficio de inventario.

Habíame yo hallado presente á los oficios, que fueron de nueve lecturas con sus lamentaciones, á las vísperas y día, extrañándome, en cabeza tan leve, conversación tan apacible y condición tan alegre, ver tanto sentimiento.

Y se me recuerda que, estándose despidiendo, le pedía ella que se detuviese algunos días, y él respondiendo fuera de propósito decía: «¿Quién

vió nunca tan hermosas perlas, más gracia en rostro y más gracias en lágrimas?» Y ella respondió: «Antes no debo tener gracia, ni estar en ella, pues hago tan pocos milagros, pues hizo el otro parar el sol para matar, y no puedo yo detener un hombre para darme la vida» (1).

Estaba él maltratado de cierta enfermedad de entretenimiento, que él decía que no sabía cómo se le pegaran, si no fuera al tomar agua bendita en alguna iglesia, y sacó ella de la faltriquera de la saya una alcorza, que le dió; él besando la alcorza, dijo que ya estaba curado, y que olía á agua de ángeles.

Dijo un amigo: «Ya puede ser que la haya sacado, mi señora doña Ursula, de la fuente de la Salud». Añadí: «Tiene V. Md. razón, que así llaman al que está junto de la casa de la Penitencia» (2). Ella, acudiendo al remoque, dijo: «Pues, á fe mía, que alguno me oye que á traición quiso entrar en ella y no le bastó mostrar las heridas (3).

Es tan traviesa la Ursula, que hallando yo una mañana al marido en la escalera muy cabizbajo y á ella melancólica, y preguntándole qué era, me respondió: «Quiere D. Fernando que le haga ahora regalo como á novio, y que le muestre mucho gusto de los suyos, y como no le tengo, le digo: hermano, tu olla de vaca y carnero no te la niego, mas perejiles y sainetes soy ya vieja para ellos, y no los sé hacer; yo, hermano, sélas mejor que el diablo, mas no es la miel para la boca del asno, y más que en la boca del casado no hay para qué haber florecillas, sino cuando hay huéspedes» (4).

Acuérdaseme que, en yéndose el amigo, la paseaba un indiano moreno de rostro, y quejándose desde la ventana porque no la veía, respondí que tenía miedo me matasen: ella, después de muchos juramentos, añadió: «Y esto porque no falten gatos, ni la carne sea mala, ni haya en casa quien le diga: zape. Mas la enfermedad de la

(1) Alude Pinheiro en estos párrafos á D. Antonio, prior do Crato, pretendiente de la corona portuguesa, y á sus descendientes. Su hijo D. Manuel, á quien en primer término se refiere, nació en 1568; vivió, efectivamente, en Holanda, donde tuvo grande amistad con el príncipe Mauricio de Orange, que le casó con una hermana suya. Con su segunda mujer Ana de Sajonia tuvo varios hijos é hijas, y, como dice Pinheiro, mientras aquéllos profesaron el catolicismo, éstas fueron protestantes.

Dé acuerdo con la opinión de Pinheiro—que, como puede observarse, era partidario resuelto de la sumisión á España,—acabó por «ponerse á los pies de su Majestad», aceptando de Felipe III un elevado destino.

El D. Cristóbal á quien luego nombra Pinheiro era uno de los hijos naturales de D. Manuel, que vivió en París, donde murió en 1638. El *buen viejo* Diego Botelho era el fidelísimo servidor de D. Antonio, veedor de su Hacienda y de su Consejo de Estado, compañero inseparable en sus adversidades. Con él vivió cuando, pobre y abandonado, el prior do Crato tuvo su residencia en París, sin perder sus esperanzas de conseguir la corona de Portugal y proclamando de continuo sus derechos. D. Antonio murió en 26 de Agosto de 1595, y fué enterrado, como deja entender Pinheiro, en el convento de San Francisco, con un epitafio latino en su sepultura.

(2) Alude al proverbial epitafio de Vasco Figueira, que yacía en el sepulcro «contra sua vontade».

(1) En castellano la respuesta.

(2) Por aquí se ve que la fuente de la Salud no era la que hoy lleva este nombre, sino otra situada cerca de San Felipe de la Penitencia (Campillo de San Andrés).

(3) En castellano el diálogo.

(4) En castellano.

ausencia de nada me deja gusto» (1). Y esto decía porque el marido es muy muelle, con ser mancebo y muy principal.

Luego os contaré otras cosas; ahora diré solamente que, yendo de visita á una casa, á donde se mudó, y hallando en el portal un oficial que labraba boceles y tinteros de cuerno, le dijo; «¡Buen provecho le haga á V. Md. la buena mercaduría de su tienda!» Repuso ella: «Antes es harto mala, pues hay más que puedan vender, que no comprar». Y dijo más: «Y quiero contarle que ayer vino D. Fernando con D. Diego Escudero, que, V. Md. sabe, me pasea muy contra á mi gusto; sentáronse en ocasión que quemaban abajo los cuernos; la hedendina [fué] tal que fué luego para fuera D. Fernando y D. Diego, y así, el ladrón tras el alguacil, me dejaron sola con las armas de mi dueño, que no le deben oler como á mí» (2).

Y, porque veáis que *cuál más, cuál menos, toda la lana tiene pelos* (3), sabréis que estando el amigo para partirse, halló menos á la Almejdinha, que es una moza que trajo consigo, que, con tener allí padre y madre, no bastaron todas mis predicaciones para quitarla de la cabeza que había de quedar aquí, y, en efecto, toda la noche anduvimos tras ella corriendo la ciudad, hasta que casi de madrugada la descubrimos en casa de una vecina.

He aquí que, hallada ésta, desaparece Catalina, su esclava cocinera; encontrámosla departiendo con un paisano suyo, que el rapaz de Cupido acierta en el negro cuanto en el blanco; y pocos días después huyó otro, el Gaspar Manso, por donde parece que se acaban las amenazas de vender los negros á Castilla (4).

Y, porque no tengáis á las mozas portuguesas por poco tontas, cuatro días antes una sobrina de Talleyro, doncella de 17 años, sana y robusta, bajábase por la ventana y venía de noche á conversar con Borges, un paje de casa; y esta noche, cuando se volvió, halló menos una piedra por

que trepaba, poniéndola sobre otra, y volvió á llamar de madrugada, y mandamos un criado que la fuese á ayudar á trepar, porque el otro se escondió temiendo que le prendiesen. Por donde se ve que también las lusitanas son mujeres de conversación y que no las falta más que el ejercicio, pues vemos que, como melocotones, se mejoran fuera de la patria.

SARAO

Esta noche hubo sarao real en el salón grande nuevo, que para esto se hizo con la mayor majestad y grandeza de lo que nunca se vió en España, por las cosas que concurrieron en él, como por la sala é invenciones de ella (1).

Costó hacer la sala 60.000 cruzados, y es tal que después de preparada la madera, se trajeron para ella y pasadizo 18.000 carros. Está armada sobre columnas de madera muy gruesas y altas para quedar al igual del pasadizo, detrás de lo cual queda lo que le sirve para corredor por la parte de Palacio, y por encima le queda todavía vista para la plaza.

Tiene por dentro de largo 210 palmos y de ancho, en proporción, casi sesquiáltero, 75; de alto 50; es enladrillado; el interior tiene cinco paños, con el techo que llamamos *de esteira*, y ellos llaman *cielo llano*, repartido en artesones ó compartimentos cuadrados, con sus rosas ó baci-

(1) A más de la descripción de este sarao que se hace en las relaciones generales del bautismo de Felipe IV, cítanse las siguientes:

Sarao que sus Magestades hicieron en palacio por el dicho (sic) nacimiento del príncipe nuestro señor don filipe quarto deste nonbre, en la ciudad de Valladolid, á los diez y seis del mes de Junio, año de 1605. (Ms. cit. por Alenda).

Relación del Serao q. se hizo en la corte en Junio de 1605. (Id. id.)

Relación del sarao y máscara con que se celebró en el palacio real de Valladolid, el 16 de junio de 1605, el nacimiento del príncipe Don Felipe. (Ms. de la B. de Salvá).

En el adorno de este salón tomaron parte Gregorio Fernández, Bartolomé Carducho, Fabricio Castelo, Patrio Caxesi, Milán Bimercedo, Cristóbal Velázquez y otros artistas (V. Martí: *Estudios histórico-artísticos*, págs. 393 y 607).

(1) En castellano.

(2) En castellano el diálogo.

(3) En castellano este refrán.

(4) Alude aquí Pinheiro á los criados de su amigo, que había vuelto ya á Portugal.

netes, acompañadas de follajes ó grutescos alternados, con sus frisos ó festones dorados, y en los costados una perspectiva de columnas y arcos que engañan la vista, pareciendo que está el techo armado sobre ellas; todo dorado y pintado al óleo con mucha gentileza.

Andase toda la sala por fuera por corredores, que tiene alrededor de dos pavimentos; por el lado de dentro queda como galería con dos órdenes de ventanas; en el frente quedan 14 de cada parte, mas no llegan á las esquinas.

Sobre esta se hizo un mirador con su orden de ventanas alternadas, unas de arco, otras de escuadra, con su lucera encima; los arcos con sus medias columnas arrimadas á los pilastrones con basas y capiteles dorados, por encima sus frontispicios y entre ellos claraboyas y por encima su arquitrabe, friso y cornisa, y sobre ella se armaba el revestido.

Estas ventanas ocupan toda la sala en redondo y tienen de cada parte 24, y en el testero 6; en la entrada se hace un recibimiento y sobre él se halla un coro, armado sobre cuatro columnas, á modo de media naranja, compuestó el techo de espejos grandes y pequeños sobre azul, en los que reverberando la luz de las luminarias, se representaba todo más hermoso (1).

En el testero, en lugar de dosel se hizo un trono, á modo de arco triunfal; fórmanle 12 columnas dobladas estriadas con su pórtico y frontispicio (2), el cual representaba el templo de la Virtud y en la cúpula la Fama, y sobre los capiteles figuras de ángeles de tamaño natural (3); en los intercolumnios de la parte de dentro y de fuera, con sus centros jaspeados, quedaban cuatro figuras de cuatro virtudes, con sus insignias, á saber: la Religión, con el caduceo de Mercurio, la Justicia con el rayo de Júpiter, la Prudencia con la esfera y la Victoria con palmas. Ellas y toda la obra del templo de oro bruñido, sin otro color; dentro, en él se pusieron cuatro sillas de brocado

para los reyes y una en medio para la infanta, que había de representar la virtud perfecta.

Cuanto al adorno exterior, en las esquinas estaban los paños de Túnez; del primer orden de ventanas para abajo, otros de menos seda, de raso y oro; en las ventanas cortinas verdes, en los intercolumnios tafetán de verde y oro.

En el lado derecho se hizo un tabernáculo bajo para los contrabajos ó violines, y otros dos coros se ordenaron en las ventanas de las galerías, uno enfrente del otro, para los demás instrumentos, y músicos de una parte y otra alrededor de la sala; apartados 12 palmos de las paredes se pusieron bancos con alcatifas, y de la parte de dentro quedaban las damas arrimadas á ellos, y para atrás se hicieron unas tarimas con tres escalones en que quedó la gente, para no quitar la vista á los que quedaban detrás; las damas se se sientan en las alcatifas, y los grandes que tuvieron lugar con ellas, en almohadas. Para alumbrado, había en la sala 18 blandones de plata, 9 de cada parte, que pesaría cada uno cuatro arrobas.

En la cornisa de abajo del primer orden de ventanas, que tenía tanto saliente que andaba un hombre, observando y espabilando (1), había 24 candeleros de plata, que con seis del frente eran 30, de tamaño y hechura de platos de agua para las manos, ó bandejas de fruta, que parecían pesar más de 12 arrates, con sus blandones en los dos arcos, 27 remates ó bolas de plata de tres luces, y en las claraboyas otros tantos candeleros de cinco luces, y venían á ser las piezas de plata, fuera de infinitos velones ordinarios, 126, y las luces de ellas 288; y todas pasaban de 350, con lo que quedaba tan clara.

Ch'acceso esser pareo di fiamma viva;
tanto splendore intorno e tanto lume
raggiava, fuor d'ogui mortal costume (2).

(1) Las luces, claro es.

(2) *Orlando furioso*, c. XXXIV, oct. 51. Uno de los narradores arriba aludidos, escribe: "Contenía la pieza en torno dos órdenes de corredores de tan elegante arquitectura, que fueron capaces de acoger en sí toda la nobleza de la corte, adornados con tantas luces y blandones de plata, sobre las cornisas y pavimentos, que osaron desmentir los horrores ordinarios de la oscuridad,,.

(1) Este camarín de espejos fué obra del pintor Juan de Torres.

(2) Obra del escultor Cristóbal Velázquez.

(3) Indudablemente las que hicieron Milán Bimercedo y Gregorio Fernández.

Y, con todo, no había humo, porque á más de las ventanas que salen á los corredores, en el techo tienen algunas claraboyas, disimuladas para ese efecto, y así le compete la semejanza de la casa de Logistilla (1):

Il chiaro lume lor, ch'imita il Sole,
Manda splendore in tanta copia intorno,
Che chi l'ha, ovunque sia, sempre che vuole,
Febo (mal grado tuo) si può far giorno.
Nè mirabil vi son le pietre sole;
Ma la materia e l'artificio adorno
Contendon si, che mal giudicar puossi,
Qual delle due eccellenze maggior fossi (2).

En las ventanas bajas de la mano derecha estuvieron los ingleses y embajadores, el conde de Miranda y Consejo Real, Cardenal, Grandes, Inquisición y Consejo de Guerra; al lado izquierdo, los demás Consejos y criados del rey. En la galería de encima sus mujeres y de una parte y otra del templo, en alcatifas, las mujeres de los grandes y algunos más; por detrás de los bancos y á la entrada de la sala toda la gente que pudo entrar, con mucho desorden, y ponían en 3.000 personas las de la sala; y, como las damas é hidalgos estaban tan brillantes que no había sino brocado, oro, diamantes, joyas, cadenas y plumas, parecían representación ó pintura de la gloria, y en su comparación

Taccia qualunque le mirabil sett
Moli del mando in tanta gloria mette (3).

Y, siendo ya casi las diez, no estando todavía los reyes en la sala, por estarse vistiendo, la figura de la Fama, que estaba sobre la cúpula, puso con artificio la trompeta en la boca, comenzó á tocar y luego los dos coros que estaban en las ventanas de la sala comenzaron, preguntando uno y respondiendo otro, á cantar sus cinco letras, en que declaraban cómo el carro que entraba era la Virtud, que triunfando se venía á ofrecer al príncipe con las demás virtudes, y por la misma manera los coros cantando declaraban lo que cantaban las figuras que iban entrando (4).

(1) Alude al episodio del *Orlando furioso*, canto X.

(2) *Orlando furioso*, c. X, oct. 60.

(3) *Orlando furioso*, c. XXXIV, oct. 53.

(4) En la *Relación* inserta al final pueden verse más minuciosos detalles de todo esto.

Luego entró un carro triunfante, de forma de navío, el espolón bajo, la popa alta, levantada 25 palmos, toda de obra de relieve de oro bruñido, con muchos mascarones y aldabones de la misma manera y obra; llevábanle dos hacas pequeñas, con sus aderezos de tela encarnada de plata, y traían zapatas de velludo y cuatro hombres de la misma librea, que las llevaban deldiestro.

Tenía el carro seis gradas, y en la popa venía la infanta de encarnado y plata, con máscara y tocas altas de velillos y á sus pies dos meninas con antorchas, que eran doña Sofía Araiz y doña Luisa Pacheco, y más abajo la Felicidad, con insignias de cornucopia, y el ave Fénix, y era la duquesa de Villahermosa, vestida de tela de oro carmesí y mucha pedrería.

Delante venían seis meninas, damas de la infanta, que representaban seis virtudes, vestidas de las colores que convenían á la Magnanimidad, Liberalidad, la Seguridad, Prudencia, Esperanza y Paz, y eran doña Juana y doña Isabel de Aragón, doña María de Velasco, doña Catalina de Guzmán, doña Bárbara del Mayno y doña María Zapata.

Delante del carro iban 18 chirimías y otros tantos instrumentos y violines, con sus ropas rozagantes, venecianas, de tafetán amarillo, con pasamanos de plata, sombreros cuarteados de trencillas, con sus velillos de plata y grandes rosas en los brazos, y alrededor del carro 24 pajes del rey con antorchas blancas, con máscaras de las mismas colores y velos de carmesí y plata, y de esta manera cubren la mayor parte de los vestidos.

Entró el carro hasta el templo, de donde bajaron cuatro mayordomos de la infanta y la sentaron en la silla del medio, y las meninas con sus antorchas en las gradas, y el carro se volvió con el mismo orden.

Cuando la infanta se sentó, quitóse la careta; y, llamando á un mayordomo, pensando que quería decir algún dicho, repuso ella: «Mirad no se os olvide mi merienda, que tenemos de estar aquí mucho» (1); con lo que hubo mucha fiesta en la sala.

(1) En castellano.

Con otra música, que declaraba el intento de la máscara, se cantó cómo aquellos que aparecían eran los antiguos héroes y heroínas, que venían á visitar al príncipe, que había de llegar á ser uno de ellos; y luego se corrió la cortina del carro y aparecieron en él 60 galanes y 16 damas con antorchas en las manos, y los músicos arriados á la pared tañendo; y los 24 pajes alrededor con los trajes riquísimos que llevaban. Fué vista hermosísima.

La librea de los hidalgos era de casacas, como los emperadores romanos, y mantos de tela de plata caídos del hombro y recogidos en el brazo izquierdo con morriones de tela, con muchas lacerías de perlas, con plumas y otras lozanías, calzas de encarnado y oro, cadenas de piezas y sus máscaras.

Las damas, basquiñas de tela blanca bordada de canutillo de plata escarchada, y por encima de los jubones cueros con faldones á lo romano, con borlas y mucha pedrería y perlas por ellas, tocados extranjeros con gorgueras y gorrillas con penachos y sus velillos al descén, que dan mucha gracia, y sus máscaras venecianas que fué la mejor invención, porque todas son feas, y sus antorchas.

Continuaron los coros con su música, y en esto comenzó á bajar una nube artificial y venían sentados en ella dos héroes y dos ninfas de éstos, que, al son de los violines, pasearon la sala con sus antorchas, haciendo su máscara hasta presentarse la Virtud en su templo. Tornando á tocar las chirimías, bajó la nube con los otros cuatro y así fueron bajando todos, que fueron:

El duque de Cea.
 El Condestable.
 El duque de Alba.
 El conde de Lemos.
 El conde de Gelves.
 Don Enrique de Guzmán.
 El duque del Infantado.
 El duque de Pastrana.
 El marqués de la Bañeza.
 El conde de Mayalde.
 Doña Antonia de Toledo.
 Doña Elvira de Guzmán.
 Doña María de Meneses.

Doña Catalina de La Cerda.
 Doña Aldonza Chacón.
 Doña Antonia de Ulloa.
 Doña Luisa Osorio.
 Doña Beatriz de Villena.
 Doña Mariana Enríquez.
 Doña María de Guzmán.
 Los príncipes de Saboya.
 Doña Jerónima de Aguilar.
 Doña Juana Portocarrero.
 El Rey.
 El duque de Lerma.
 La reina y doña María Riedren (1).

Duró esta entrada casi hora y media; acabada, se sentaron los reyes, quitándose las máscaras, y los demás con las damas, los grandes en almohadas, los otros en las alcatifas, tomando sus sombreros con plumas y trencellines, cuales se pueda imaginar; y en cuanto descansaron salieron las seis meninas de la infanta y danzaron muy bien con sus castañetas, y fueron muy festejadas por la soltura y destreza con que lo hacían.

Acabado esto, salieron á danzar seis á seis, tres damas con tres de la máscara, pавanas y gallardas, y los reyes en pareja salieron y lo hicieron muy bien; y, en sentándose, volvió el entremés de las meninas, que bailaron el *cuelin* (2), con la misma gracia y soltura, y tras esto salieron dos á dos á danzar el turdión, y lo mismo los reyes, y finalmente bailó toda la máscara un torneo, que pareció muy bien. Acabada la máscara, se comenzó la danza de la hacha, y quedando una de las meninas con ella para comenzar, después de muchas vueltas y acometimientos, fué á sacar al duque de Sesa, mayordomo mayor de la reina, que estaba detrás de ella,

(1) Alguna discrepancia ofrecen estos nombres con los citados en la *Relación*. Se mencionan en ésta los de doña Inés de Zúñiga, doña Leonor Pimentel, doña Antonia Manrique y doña Juana de Mendoza, y en cambio no figuran los de doña María de Meneses, doña Mariana Enríquez, doña María de Guzmán y doña Jerónima de Aguilar. En vez de doña Antonia, aparece doña Magdalena de Ulloa.

(2) La relación reproducida al final dice que se bailó otra danza muy en boga entonces, la llamada *madama de Orliens*.

muy viejo, gordo y gotoso; y le hizo salir y andar corriendo tras ella, no pudiendo el pobre viejo torpe moverse, con lo que hubo mucha fiesta (1).

Diéronle después el hacha al príncipe, y sacó á algunas damas; y de mano en mano vino á la señora doña Catalina de La Cerda que sacó al rey; al cual después dejó. En su lugar sacó al almirante, que es su festejado, el cual, al pasar hizo tres reverencias hasta el suelo al rey y la reina, que, levantándose, le hizo cubrir, y fueron pasando, tomándola el almirante la mano, que la debía apretar, porque se puso muy colorada y perdió el paso, cuando él hizo demostración de quererla besar, y después de algunas vueltas, dando el hacha al rey y la mano al almirante, le fué acompañando hasta su sitio, por haber mandado el rey hacerlo así con él, con sus hijos y yerno cuando bailaran.

Con el almirante bailó también el rey, y los ingleses con las damas, y todos danzaron muy bien, principalmente el Milold Gibert (2), que bailó una gallarda con muchas cabriolas, de suerte que todos llevaron la ventaja, aunque con menos gravedad que los nuestros.

Después de ellos lo hizo mejor el conde de Lemos, y después de éste el rey, que es muy airoso y diestro en la danza; él salió con todas las bailadoras que le sacaron, mas no sacó á ninguna, sino á nuestra portuguesa (3), hija del gobernador, que había partido para Portugal en aquella ocasión, de lo que hubo envidiosos.

De las damas ninguna lo hizo mejor que la reina, que es airosa y diestra y baila muy bien, y sobre todo dió gusto á la fiesta de las rapazuelas (4).

(1) No sé que danza sería el *cuelin*, si bien sospecho que esta palabra es errada. Del *turdón* habla el italiano Marco Fabricio Caroso di Sermoneta en su tratado *Il Ballarino*. En cuanto á la pavana, la gallarda, el torneo y la danza del hacha, pueden verse los *Discursos sobre el arte del danzado y sus excelencias*, por Juan de Esquivel Navarro. (Sevilla, 1642).

(2) Este *Milold Gibert*—“milort Guillibí”, dice la relación aludida,—era lord Willoughby.

(3) Doña Catalina de la Cerda,

(4) Las niñas que en ella tomaron parte.

Acabóse el sarao á las dos de la mañana, y con durar tantas horas y estar la gente de pie, parecieron muy cortas, por el orden, concierto y novedad de las cosas, sin falta ni desgracia ninguna; y lo que holgué mucho de ver fueron muchas señoras con sus doncellas y criadas y las más en cuerpo, con la confianza notable de estar por aquellas escaleras y corredores á oscuras, sin haber una descompostura, ni queja, siendo así que, con haber en orden 40 coches en la plaza de Palacio, eran tantos los demás, que estuvieron muchos hasta las cuatro sin desembarazarse, que estaban en la Plaza más de 400 que parecía entraban á saco.

A la entrada hubo mucho desorden, porque, con haber cinco puertas, todas con guardas, entraron muchos pícaros y resultaron muchos señores atropellados, principalmente el embajador de Alemania, que salió el pobre viejo á empujones y hecho un trapo, sin poder entrar; y del mismo modo se volvieron muy maltratados muchos duques y condes y D. Juan de Borja. Con venir dos mayordomos del rey, uno con él y otro á la puerta, no le pudieron meter; hasta que el duque de Lerma le mandó recado que fuese por Palacio, y fué con él el conde de Barajas, mayordomo del rey; y queriendo ir con D. Juan, le dijo el duque: «El señor D. Juan es enfermo. V. S. entre por la puerta».

Cuento estas cosas para que veáis lo que decíamos de cuán grande máquina es ésta y el ánimo de los señores de Castilla, que no matan luego, ni se dan por afrentados, sino viven y dejan vivir á la gente.

Aquí tuvieron fin las fiestas de este día, y con ellas las del nacimiento del príncipe; y así veréis cuántas ventajas llevan á los juegos antiguos olímpicos instituídos por Hércules, á los pitios de Apolo, dios de los músicos, á los nemeos, ístmicos, megalenses, circenses, panateneos, circulares y otros famosos de los griegos, á los gímnicos de Augusto César, á los demás de griegos y romanos, tan estimados de ellos que, entre las tres felices nuevas que Filipo contaba que recibiera en un día, fueran nacerle Alejandro, vencer una batalla y ganar sus yeguas el premio de corredores en el juego olímpico, en los que ocurrió

morir algunos padres de alegría al ver al hijo vencedor en una carrera á pie.

17 DE JUNIO

El viernes acudió toda la corte á ver la sala, y no hubo persona ni dama que allí no se hallase; de manera que fué tan buena la fiesta como el sarao, porque no faltaron entremeses y representaciones al natural, con lo que un día de estos es una floresta de aventuras.

Estando aquí, fué á dar conmigo vuestra amiga vieja, doña Jerónima de Villasante Ramírez (1), la doncella de Dinamarca nuestra vecina, con dos años más que los 45 que tenía y dos dientes menos que los cuatro con que la dejásteis. La visteis de amarillo toda, con su faldellín y saya de setí barreada de oro; ahora por cumplir con el romance,

que si ahora estáis marchitos,
para Abril estaréis verdes (2),

vestida de velludo labrado verde, con randas de oro, sin diente blanco ni cabello negro; y con todo sabed que se mandó retratar, la semana pasada, para mandaros el retrato; y en su lugar os quiero mandar el de Gabrina, para que por las señas caigáis en ella (3).

Pálido, crespo y macilento había, etc. Venía muy untada y bisuntada, y se me estuvo dos horas preguntando por vos, como hace todas las veces que me coge. Estaba conmigo D. Pedro de la Gama y Juan de Salinas (4), que es muy corte-

sano, dándome codazos; y en esto nos cogieron por el hombro á mí y á D. Pedro unas rebozadas, diciendo: «Bueno está el sarao, señores; bueno está esto para saberlo doña Margarita de Sinzal» (1); y luego las conocí, que era la señora doña Ana de Sousa con otras amigas.

Esta hizo señas que fingiese que no las conocía. Dijo una, porque al verla estaba de verde: «Por lo menos, señora, no dejará de comerse la carne por falta de perejil» (2); y ella, llegándose á las otras, dijo: «Antes me parece que es tan flaca que ha más menester sebo que perejil, y por eso se llega á los sebosos».

Y díjome á mí: «Y V. Md., ya que es tan amigo de apetites (3), quedarse ha á la postre (pues quiere á tantos), sin perejil y sin sal, á lo menos el de doña Margarita, si yo puedo». Respondí: «Oirme ha V. Md. primero cómo envié á pedir por letra, y hará justicia». Y ella: «Por juez venía á oír, y hallo dada la sentencia». Respondióla Juan de Salinas: «Señoras, V. Mds. descúbranse, ya que nos piden: esta señora yo sé que lo es y me atrevo á probarlo, ó morir sobre ello». Repuso ella: «No siendo artículo de fe, ¿cómo se atreve á morir por lo que no vió»? Díjole: «Déme lugar para probarlo, y quien lo negare le haré confesar que reniega». Respondió: «En verdad que estoy por hacerlo, mas, temo que si lo prueba una vez, quiera volver á reprobarlo luego; por eso muérase antes de hambre que de hidropesía.»

PINHEIRO DA VEIGA

Trad. de

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).

(1) Muy á menudo he tropezado con el nombre de doña Jerónima Villasante en los archivos vallisoletanos, sin que tomara nunca notas, por creer que no podrían serme útiles. Pariente suyo sería probablemente D. Jerónimo de Villasante, regidor de Valladolid algunos años más tarde.

(2) No caigo en quién sea el autor de estos dos versos y del citado más abajo.

(3) Personas son todas éstas á quienes Pinheiro y su amigo habían conocido durante su estancia en Valladolid, dos años antes.

(4) No creo que sea éste el poeta, como lo supone Gayangos. En Valladolid hubo en aquellos años dos indi-

viduos, por lo menos, que llevaban el mismo nombre y apellido. Uno de ellos, casado con Antonia Alonso, hizo testamento en 1601 (*Arch. de protocolos*: Antonio Ruiz, 1601, f. 1.223). El otro era camarero del conde de Haro, en cuyo concepto hizo relación de la ropa que poseía este magnate y que estaba comprendida en la pragmática real de aquel año. (Id. íd., fs. 892 y 963). Acaso el aludido por Pinheiro coincida con alguno de éstos.

(1) En castellano.

(2) En castellano todo el diálogo.

(3) Aperitivos. Usual en nuestros clásicos.

CORRERÍAS POR LA SIERRA

PEÑALARA

El pico de Peñalara es la altura prócer de la Somosierra. Sus 2.406 metros de altitud, son tentación irresistible para cualquier ciudadano andariego metido á alpinista. Su pesada silueta es familiar á cuantos viajeros hacen el recorrido de Valladolid á Madrid, pues su cima, encapotada de nieve la mayor parte del año, se destaca de la cadena de picachos que cierra el horizonte.

Sin embargo, son muy pocos los que la visitan, á pesar de que paga generosa las fatigas de la ascensión, premiando al intrépido viajero que escala su desolada cumbre con la vista más hermosa y de más amplio y magestuoso paisaje que mortal alguno pudiera soñar.

Es la inmensa montaña una giba redondeada y vulgar en su vertiente septentrional y de dantesca estructura en la meridional, en la que los rocosos muros tajados á cantil forman barrancos, cuyo espantable fondo hállase erizado de punzantes rocas despeñadas de lo alto en el incesante monstruoso movimiento de la naturaleza.

Ya en Abril de 1913 y en la valiosa compañía de los abnegados *amigos de la montaña*, de «Cultura Física», D. Joaquín Elías y D. Luis Esteban, intentamos la ascensión á la Peñalara y ya también en aquella ocasión nos cupo el honor de dar cuenta, en el «Norte de Castilla», del éxito desdichado de aquel valeroso intento.

Pero habíamos empeñado nuestra formal palabra á la montaña de volver y volvimos, precisamente los tres, fieles al juramento prestado en el atardecer de aquel espléndido día de Abril en que, hundidos en la nieve hasta la cintura, admi-

rábamos el morir del sol que en su hora agónica enviaba sus últimos nacarados rayos á la cumbre ansiada, arrancando de su albo manto miriadas de puntitos luminosos.

La primavera finaliza y el deshielo es rápido. Camino de La Granja vamos contemplando la sierra y á simple vista se observa cómo disminuye el área de los manchones de nieve que salpican sus alturas.

Insultando nuestra modestia de medios de traslación, numerosos automóviles se cruzan en nuestro camino. Vienen del alto de Navacerrada, donde ha habido mitin automovilista.

Como aquí no nos conoce nadie y hay regular humor en la pequeña partida, nos permitimos algunas bromas:

—¡Oiga, amigo, ya podía usted regar!

—¡Eh! el del auto: ¿Por qué no perfuma usted la gasolina?

—¡Vaya, hombre! Así ya se puede viajar ¿eh? ¡*Tableau!* Todos resultan sportmen vallisoletanos. ¡Nos hemos lucido, la primera vez que hemos presumido de despreocupación!

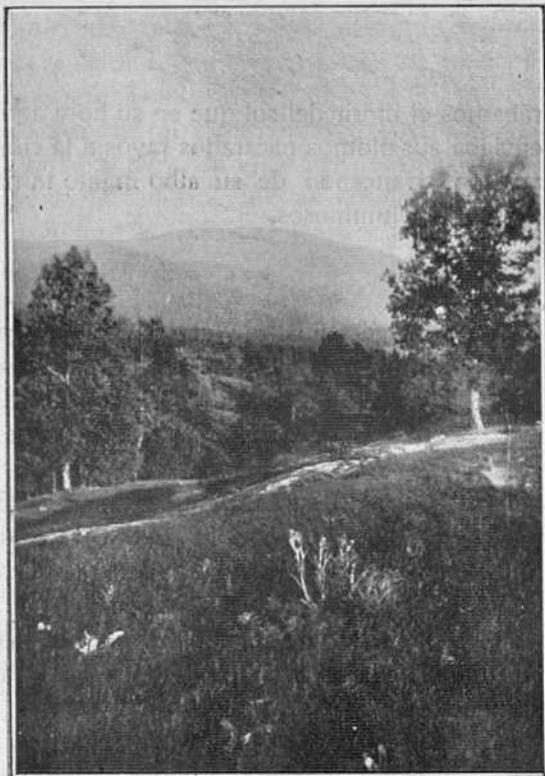
Anochece.

Aprovechando las últimas luces del día, cenamos sobre un ribazo de la carretera, cara á la sierra, admirando los tintes maravillosos con que el reflejo solar sobre el firmamento matiza las cumbres, que lentamente se desdibujan, se esfuman, desaparecen formando, al fin, una cortina oscura infinita, un inmenso anfiteatro de som-

bras, que avanzan, se aproximan, nos cercan, nos invaden.

Llegamos á San Ildefonso bien cerrada la noche, dando trómpicones en las descarnadas raigambres de los corpulentos álamos de la carretera.

Breve charla con el patrón, feliz orientador



LA PEÑALARA DESDE LA CARRETERA DE SEGOVIA
HACIA LA GRANJA

Fot. Carreño.

de esta parte de la sierra (Rafael Conde, calle de Malabajada—Posada del Reino—, cama limpia y confortable, una peseta), y al amanecer del día siguiente, caminito de los neveros arriba.

Es una delicia caminar en esta espléndida mañana, casi primaveral, casi veraniega, por entre los pinos esbeltos y frondosos.

La luz se filtra á través de las rotundas copas

y el sol pone notas deslumbradoras en los claros del bosque.

A medida que se gana altura, el pinar pierde belleza. Ya son los pinos menos altos; ya no son tan erguidos, ya no son tan frondosos. Cien metros más arriba las masas de árboles son menos compactas; aparecen las praderas, verdes, lujuriantes de color, pero en pequeñas áreas todavía. Aun los pinos, ya corcovados y enanos, disputan con su raigambre añosa el terreno.

Un alto en la «Fuente de los Neveros», para tomar el chocolate y dar respiro á los pulmones.

La fontana que con tan pomposo nombre se designa, es un miserable manantial ni muy caudaloso ni muy limpio. Un guarda del Real Patrimonio, que anda por aquellas alturas poniendo cebos venenosos para los zorros, que diz que hacen gran competencia á las regias escopetas en la caza de faisanes que se crían en La Granja, nos garantiza su pureza y, con cargo á su conciencia, libamos.

Cien metros más de altitud y desaparece el pinar. Aislados, retorcidos, descarnados, todavía trepan audaces, ladera arriba, varios valientes ejemplares.

Son las diez de la mañana y el sol, libre de las ramas de los pinos, comienza á hacer de las suyas. Afortunadamente, la veredita que seguimos se halla trazada en la ligera depresión que forman la Peñalara á la derecha y el cerro de los Claveles á la izquierda y el viento que á nosotros llega se refrigera en los ventisqueros situados á nuestro frente en la misma depresión.

A las once alcanzamos estos colosales depósitos de nieve que surten á los veraneantes de La Granja durante toda la temporada. Ya ha comenzado la operación de resguardarlos del poderoso sol del verano, cubriéndolos con paja y serrín.

De lo alto viene un arroyuelo formado por el deshielo. La corriente atraviesa parte del nevero en túnel, de cerca de un metro de luz, cuya bóveda está helada y á prueba de las ferradas puntas de nuestros *alpenstocks*.

Salvados los ventisqueros, comienza la parte ruda de la jornada.

Estamos á 2.100 metros y ya el terreno se

muestra pedregoso y molesto, aunque la pendiente no es muy dura.

Poco á poco van desapareciendo las retamas, las yerbas, la tierra y, al fin, quedan sólo los guijarros, que se convierten en pedruscos, que tórnense peñascos, que llegan á enormes rocas agrupadas en gigantesca confusión, cabalgando unas sobre otras, formando los más extraños grupos y los más inexplicables equilibrios.

El avance es penosísimo. A veces hay que salvar un peñasco de metro y medio de altura, si no se quiere rodear diez minutos, para seguir adelante. Otras, ya encaramados en lo alto de una peña, hay que descender por el sitio del acceso, porque con el peso se bambolea hacia el opuesto.

Son las doce y aunque ya hemos dejado atrás dos picos, cada uno de los cuales, á su vez, nos pareció el deseado, aún no vislumbramos la cumbre.

Este modesto cronista, ya algo viejo para trotes tan rudos, siente bascas, mareos; la glotis se le inflama y la vista se le va...

—Será la fatiga, descanse—aconseja un compadecido.

—Quizá la altura; el *mal de montaña*.

—¡Hombre, mal de montaña á los 2.300 metros! *Eso* es hambre.

—Es probable. Veámoslo.

Aprovechando un grupo de peñas caprichosamente dispuestas en forma de descomunal escaño, se hace alto para almorzar.

Se almuerza *por todo lo alto*, cara á la llanura inmensa. La Granja al pie, sobresaliendo de entre el verdor espléndido de sus magníficos jardines, y en el fondo Segovia, de la que apenas se detallan el macizo del Alcázar y las torres de la Catedral.

A los postres (variados y sabrosos), Elías, misterioso, se retira con la mochila tras un peñasco y, á poco, reaparece triunfal, empuñando en la diestra mano ¡una botella de champagne!

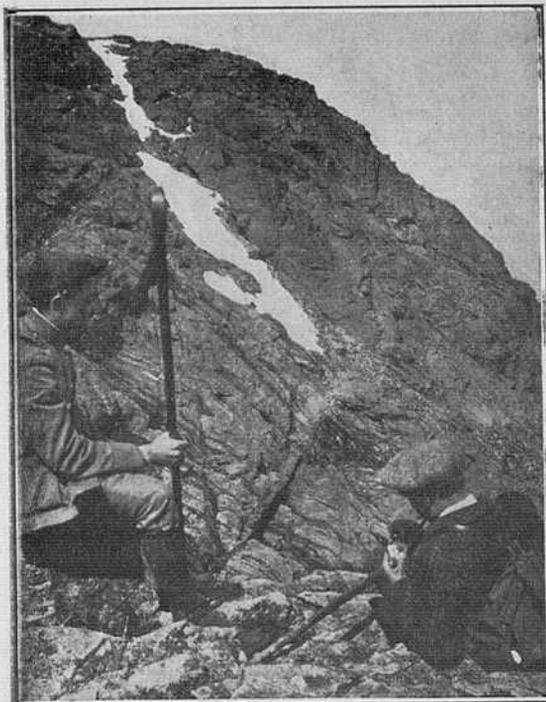
¡Que bárbaro! Porque, señores, no es que el champagne cueste caro; es que, además, pesa dos kilos una botella.

En honor á la cuna del mágico vino entonamos «Els Segadors», aunque lamentando en los estribillos que el cariño á la patria chica

no hubiera permitido al anfitrión elegir otra marca.

Se acabaron las bascas, las inflamaciones y demás síntomas hambrientos.

«¡Qué hermosa es la vida después de cenar!» Después de un almuerzo abundante, copiosamente regado, se compromete uno á ir al Polo,



BARRANCO SOBRE EL CÓNCAVO DE LA LAGUNA GRANDE DE PEÑALARA

(Fot. Carreño).

tanto da al ártico como al otro. «Arriba, caballo moro!» que decía aquel digno *Garibaldi* madrileño.

A la una y media de la tarde coronamos la cumbre y atronamos ambas Castillas con nuestros ¡hurras! entusiastas.

La cumbre de la Peñalara se halla formada, señalada, mejor dicho, por un modesto torreón que poco á poco han ido elevando los excursionistas. Nosotros colocamos una hilada de piedras y, á modo de remate, hincamos en el centro una, alargada, que ni de intento la hubiéramos hallado más en consonancia con el importante papel que la adjudicamos. ¡Ah! También dejamos la botella,

vacía, con nuestras firmas sobre la etiqueta, no por el *postín* del vino sino por lo de los dos kilos.

El torreón mide metro y medio escaso. Es el



CUMBRE DE LA PEÑALARA (2.406 M.)

(Fot. Carreño).

mirador más imaginablemente majestuoso. Toda la cadena de picos del Guadarrama se admira desde esta cumbre. Desde los que recatan á Miraflores hasta Peñaloso. Por el boquete del alto de Navacerrada se vislumbran las cúpulas del Escorial.

A la izquierda, en la dirección que hemos subido, se abre el valle fertilísimo del Lozoya; los paradisíacos pinares del Paular á nuestros pies; el famoso monasterio hacia el centro, casi

unido á Rascafría. Después, pueblos y pueblecitos, microscópicos encantadores desde estas alturas, donde no llegan las penas, los anhelos, las miserias de sus humildes moradores.

A nuestra espalda, la llanura incomparable, vastísima, sólo limitada por el infinito azul, de la vieja Castilla.

Son las dos de la tarde y hay que descender.

¡Con cuánta pena abandonamos estos lugares! Desearíamos poder eternizarnos sobre esta inmensa atalaya para, tumbados cara al firmamento azul, ver rodar las nubes blancuzcas y gironadas y emborracharnos en la contemplación de este maravilloso panorama.

Una última prolongada mirada, poniendo toda la voluntad en ella, como para grabar eternamente en la retina belleza tanta, y abajo á pasar nuevas fatigas sobre las piedras primero, entre los piornales, que se entrelazan á nuestras piernas, después y á tropicar en los leños resecos abatidos por los huracanes sobre las torrenteras exhaustas, por último, hasta dar con el camino que conduce, por entre los pinares de Valsain, desde el puerto de los cotos ó del Paular á la cantina ó Venta de los Mosquitos, sobre la carretera de Villalba á Segovia, donde llegamos á las cinco y veinte de la tarde y donde nuestra previsión, aleccionados por una horrible caminata de otro día, desde el Monasterio del Paular á San Ildefonso, había situado un carruaje, una modesta jardinera que no hubiéramos cambiado en aquel presente por el más confortable HP. futuro (1).

PEDRO CARREÑO.

Junio de 1914.

(1) Viuda de Cocero, calle de Jardines, núm. 13, San Ildefonso.—Tres asientos, desde la cantina á la estación de Segovia, 20 pesetas.

Ordenanzas del Concejo de Valladolid sobre pastos y cazas en 1267.

Connoçida cosa sea de quantos esta carta vieren cuemo nos el Conçeio de Valladolid (1) somos abenidos et ponemos que todas las oueias de Valladolid et de sus aldeas que deste sant John primero que uiene a un año, que embiemos todas las oueias a la Sierra et a la Fogada, et que non entren en ningun tiempo en el termino defendido de Valladolid, et si y entraren, que los que ouieren de guardar los términos quantas vezes las y fallaren que las diezmen.

Et otrosi ponemos que non entren las oveias nin otro ganado ninguno en los montes, desde Mayo mediado fastal día de Sant Andres, et si lo y fallaren, aquellos que ouieren de guardar los terminos que quantas vezes lo y fallaren que los diezmen.

Et otrosi ponemos que los corderos que anden en el término defendido, o non anden tras las oueias desde Mayo mediado fasta el día de sant Martin que yagan de noche en corral, o que salan yazer fuera del término defendido. Et silos fallaren de día en las viñas o en las mieses, que los que ouieren de guardar los términos que tomen quatro corderos de la manada. Et silos fallaren de noche en este termino defendido, que tomen ocho corderos de la manada. Et desdel día de sant Martin en adelante que anden los corderos en el monte de Viana et de Buyziello, et que non ande y ganado cabruno nin otro ganado ninguno, et si por aventura lo y fallaren los que ouieren de guardar los terminos que tomen a moraguado (?) salvo si fueren los bueys darada de buyziello et de Viana et de Peñaflor et de Casasola; et si otros bueys y fallaren, los que ouieren de guardar el termino que los diezmen.

Et otrosi ponemos que quando las viñas de

Valladolid fueren mendimiadas, que rebusquen los pobres ocho días, et despues destos ocho días que anden los corderos en las viñas tres semanas, et que coman la foia. Et despues destas tres semanas que anden los corderos en los montes sobredichos de alen de Duero. Et si despues desto fallaren los corderos en el termino defendido que los que ouieren de guardar los términos que los diezmen.

Et otrosi ponemos que anden los moruecos todo el año en el término, et de noche vengan yazer al corral, o que salan yazer fuera del término defendido. Et que non anden mas de L maruecos en la manada, et si los fallaren de día en las viñas o en las mieses que los que ouieren de guardar el termino que tomen quatro carneros de la manada. Et si los fallaren de noche en el termino defendido que tomen ocho carneros de cada manada.

Et otrosi ponemos que qualquier que sus oueias no embiaren deste sant John que uiene a un año a la Sierra asi como dicho es, et dos uezinos las y fallaren en todel termino de Valladolid, que las diezmen por quantas uegadas las y fallaren.

Et otrosi ponemos que estos montes sobredichos de alen de Duero esten de farados pora los corderos et pora los bueys darada destas aldeas sobredichas, et que non entre y ganado alguno despues del primer día de maio fasta el día de sant Martin que an de entrar y los corderos, et si por aventura [algún] ganado y fallaren, que los que ouieren de guardar los términos que lo diezmen.

Et otrosi ponemos que ningun ganado non [entre] en los prados nin en la ribera de Aseva desde el primer día de Março fastal día de sta M^a de Setembrio sinon los bueys darada et las yeguas o bestia cavallar de siella, salvo que los otros ganados puedan entrar beuer las aguas, et

(1) Siguiendo la costumbre establecida, agrego en esta copia las mayúsculas, descifro casi todas las abreviaturas y modernizo la puntuación.

que se salgan luego, et si en otra guisa y entran que los que ouieren de guardar los terminos que tomen de la manada quatro cabeças de noche et dos de dia.

Et otrosi ponemos que los puercos que tengan la siesta del agua a la ribera de Aseva, et despues de la siesta pasada, que se vayan luego.

Et otrosi ponemos que estos prados que esten restados de todo ganado desdel primer dia de Março fasta Mayo mediado, et si lo y fallaren, aquellos que ouieren de guardar los terminos que tomen de cada cabeza de ganado mayor I por de dia et II por de noche salvo que los otros ganados puedan entrar beuer las aguas asi cuemo sobre dicho es.

Et otrosi ponemos que ninguno non caçe liebre nin coneio, nin perdiz, ni codorniz despues del dia de entroido fastal dia de sant Martin si non fuere una pora çenar su amo (?). Et que ninguno non caçe esto que sobredicho es con red, et el que lo fiziere que peche XX maravedis: los X mrs. pora [los que les fallaren], et los otros X mrs. pora la puente.

Et esta postura sobredicha ponemos nos el Conçeio de Valladolid que uala fasta X años complidos, et que ninguno non la pueda desfacer. Et porque esto sea mas firme, nos el Conçeio de Valladolid mandamos facer dos cartas a Fernand M^z, escribano publico del Conçeio de Valladolid, la una que finco en nos el Conçeio et la otra finco en los del ganado. Et mandamos a Fernando Diaz et a John Perez, fi de D^o Nieto, que las seellasen con nuestro seello.

Fernand Martinez lo fizo. ✕ Esta carta fue fecha viernes X dias andados de Junio, Era de mill CCC et V años.

Documento original, escrito en letra de albaes, en pergamino de 24'5 × 38'5, perforado para colgar el sello, que falta. Obra en poder de D. Mauro Diez Piernavieja, anticuario de esta ciudad.

Por la copia:

L. DE CORRAL

ADICIONES Y CORRECCIONES AL CATALOGO DEL MUSEO DEL PRADO

(Continuación) ⁽¹⁾

1.180—(1.068)—Retrato ecuestre del Príncipe don Baltasar Carlos. Nació en 17 de octubre de 1629; murió el 9 de octubre de 1646.

Colección de Felipe IV. Palacio del Buen Retiro, *Salón de Reinos*.—Palacio nuevo. Inventario de 1772.—Paso al cuarto del Infante don Luis. 1794.—Dormitorio próximo a la pieza amarilla y al del Infante don Pedro. Tasado por Bayeu, Goya y Gómez en 26.000 reales.—1814.—Pinturas que existen en el callejón que llaman

de paso a las tribunas, con el siguiente. Inventario de 1834. Tasado en 50.000 reales.

1.181—(1.069)—Retrato ecuestre del Conde-Duque de Olivares. Nació en Roma el año 1587; murió en Toro a las diez de la mañana del sábado 22 de julio de 1645.

Siendo segundón de su casa, el padre don Enrique de Guzmán le envió a la Universidad de Salamanca, siguiendo los cursos, según dice el rencoroso Novoa, *no con poca vanidad de haber sido antes Rector que colegial, ni estudiante en aquella ciudad*.

(1) Véanse los números 139 á 146.

Muerto el primogénito don Jerónimo, don Gaspar abandonó los estudios, *no para meterse a predicador*, sino a político.

Después de una larga privanza cayó del poder en el mes de enero de 1643, por eso se fijó un cartel a las puertas de Palacio, que decía:

El día de San Antonio
se hicieron milagros dos,
pues empezó a reinar Dios
y del Rey se echó al demonio.

Salió de Madrid en dirección de Loeches, a la una y media de la tarde del viernes 23, acompañado del Conde de Grajal y los jesuítas padres Pecha y Aguado.

Con la retirada de Olivares no se ganó nada, y pudo decirse sin faltar a la verdad:

La Monarquía enfermó
y cada día empeora
ó el Conde gobierna ahora,
o el Rey siempre gobernó (1).

Figura en el inventario de las pinturas del Marqués de la Ensenada, hecho por don Andrés de la Calleja, con un laconismo desesperante (2). Adquirido por Carlos III, se colocó en el Palacio nuevo. 1772. Paso de tribunas y trascuartos. 1794, en la Pieza de comer, con los números 1.176 al 1.179, inventariados por Bayeu, Goya y Gómez, quienes los tasaron en 80.000 reales cada

uno. En 80.000 reales al hacerse el Inventario de 1834.

1.182—(1.070)—Retrato de Felipe IV, joven.

Buen Retiro. Inventariado allí en 1701, como de la primera manera de Velázquez.—En 1794, como de la segunda.—Pasó luego al Palacio nuevo.

Por Real orden de 11 de junio de 1816, fué cedido a la Academia de San Fernando, de donde vino el año 1827. Tasado en 25.000 reales por los que hicieron el Inventario de 1834.

1.183—(1.071)—Retrato de Felipe IV, joven.

De la primera época la cabeza, la banda y armadura posteriores. Inventario de 1834. Tasado en 2.000 reales.

1.184—(1.074)—Retrato del Rey Felipe IV en traje de caza. 1701.—Torre de la Parada, con el 1.186 y 1.189, sin decir autor.—Alcázar de Madrid. Inventario de 1686 y 1700. Pieza de la torre que cae al parque. Réplicas o copias de éste y el 1.186. De ellas me ocuparé al tratar de los cuadros perdidos de Velázquez.—Palacio nuevo. Inventario de 1772. Cuarto del Infante don Javier.—1794. Cámara del Cuarto del Príncipe, inventariado por Bayeu, Goya y Gómez, quienes lo tasan en 6.000 reales. Inventario de 1834, 40.000 reales.

1.185—(1.080)—Retrato del Rey Felipe IV, de edad avanzada. Fernando VII lo cedió a la Academia de San Fernando, por Real orden de 11 de junio de 1816, de donde vino en 1827. Tasado en 5.000 reales. Inventario de 1834. No encuentro referencia a él en ninguno de los de Palacio. Sospecho que está cortado.

1.186—(1.075)—Retrato del Infante don Fernando de Austria, con traje de caza.—Nació entre dos y tres de la tarde del sábado 16 de mayo de 1609. En 29 de julio de 1619, se le concedió el capelo, que recibió en el palacio de Madrid el jueves 30 de enero de 1620. Murió, siendo gobernador de los estados de Flandes, en Bruselas a las once y tres cuartos de la mañana del 9 de noviembre de 1641.

Velázquez pintó la cabeza, sirviéndose para ella de un retrato anterior a la marcha del Infante a Flandes, el año 1632. Véase la nota al número 1.184.—Palacio nuevo.—1772. Cuarto del

(1) Para formarse completa idea de la discutida figura del Conde-Duque, hay que estudiar el libro notabilísimo de don Joaquín Sánchez de Toca, *Felipe IV y Sor María de Agreda*. Madrid 1887.

(2) Puede verse en el libro de don Antonio Rodríguez Villa, *Don Cenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada*. Madrid 1878.

“Se ha dado orden a la tesorería mayor para que paguen los doce mill reales de uellon en que el primer Pintor de camara D. Antonio Raphael Mengs aprecia la Pintura que por equivocacion dejó de incluirse en la nota de las veinte y nueve que se tomaron de la coleccion del Marqués de la Ensenada que representa el Conde Duque de Olivares a cauallo, mediante que el Rey ha resuelto se tome tambien ésta, según me dice Ud en papel de 11 de este mes y lo auiso a Ud para su inteligencia.—Dios g.e a Ud m.s a.s el Pardo 21 de enero de 1769=Miguel de Muzquiz—Sr. Marqués de Montealegre., (Expediente personal de Mengs.—*Archivo de Palacio*).

Debo la noticia a la bondad del Sr. Sánchez Cantón.

Infante don Javier.—1794. Pieza de vestir. Tasado en 6.000 reales por Bayeu, Goya y Gómez.

1.187—(1.072)—Retrato de la Infanta doña María, Reina de Hungría. Nació en el Escorial el 18 de agosto de 1608.

Estuvo concertada su boda con el Príncipe de Gales (Carlos I de Inglaterra) quien residió en Madrid desde el viernes 17 de marzo de 1623 hasta el sábado 9 de septiembre. Fracasado aquel enlace, se desposó con el Rey de Hungría Fernando III, el 25 de abril de 1629, saliendo de Madrid el 26 de diciembre. En Barcelona embarcó a las siete de la tarde del miércoles 13 de junio de 1630, con rumbo a Italia. Velázquez que vivió en Nápoles desde el 13 de agosto al 18 de diciembre, la retrató allí antes de regresar a España. La Infanta María atravesó en principios de 1631 los Estados pontificios, llegando a Viena el 26 de Febrero. De este matrimonio nació doña Mariana, segunda mujer de Felipe IV.—Doña María murió en Lintz a las cinco de la mañana del domingo 13 de mayo de 1646.

De su intrepidez, afición a la caza y habilidad en ella, sabemos por la *Amarilida*, de Lope de Vega, que canta la muerte que dió a una cierva; y por la *Silva*, de Quevedo, a la de un jabalí.

Este retrato se encontraba en el aposento de Velázquez, según el Inventario que se hace después de su fallecimiento.—1794. Palacio del Buen Retiro.—1808. En el mismo sitio. Número 397 del Inventario.

1.188—(1.073)—Retrato del Infante don Carlos. Nació en Madrid a las nueve y media de la mañana del 15 de septiembre de 1607; murió a las dos y media de la madrugada del viernes 30 de julio de 1632.

Su muerte fué muy sentida y sobre ella se escribió no poco, atribuyéndose por los maldicientes a envidia del Conde-Duque, que le hizo sangrar innecesariamente, según unos; y en opinión de otros, con una lanceta envenenada.

Carlos, tu hermano murió
y con él nuestra esperanza
que una lanceta fué lanza
de Longinos, que le hirió.

(Quevedo.—*Padre nuestro glosado*).

Poeta muy galano, escribió un soneto a *Anarda*, que celebraron mucho los ingenios de la época. Don Pedro Calderón empieza la elegía que dedicó a la muerte del Infante con el primer verso de aquél, que es como sigue:

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mío
y salga de este pecho desatado;
que sufrir los rigores de callado
no cabe en lo que siento, aunque porfío.

De obedecerte, Anarda, desconfío,
muero de confusión desesperado;
ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
ni dejas que yo tenga mi albedrío.

Mas ya tanto la pena me maltrata,
que vence al sufrimiento; ya no espero
vivir alegre; el llanto se desata,
y otra vez de la vida desespero,
pues si me quejo, tu rigor me mata;
y si callo mi mal, dos veces muero.

Inventario de 1734. Núm. 352. Como retrato de Felipe V (!!).—1772. Palacio nuevo. Cuarto del Infante don Javier.—1794. Antecámara del Cuarto del Príncipe, donde seguía en 1814. En los tres se inventaría creyendo que era Felipe IV mozo. Cedido a la Academia de San Fernando por Real orden de 11 de junio de 1816. De allí vino el año 1827. Inventario de 1834. Tasado en 25.000 reales.

1.189—(1.076)—Retrato del Príncipe Baltasar Carlos.

Inventario de 1701.—Torre de la Parada.—1772. Palacio nuevo. Cuarto del Infante don Javier (inventariado como procedente de la Torre de la Parada). En 1794 decoraba la *Pieza de vestir*. Bayeu, Goya y Gómez lo tasaron en 6.000 reales. En el de 1834, 25.000 reales.

1.190—(1.078) (1)—Retrato de doña Mariana de Austria.

Salvado del incendio del Alcázar. Inventario de 1734. Núm. 343. Clasificado como copia, creyéndole retrato de doña Isabel, mujer de Felipe IV.—Buen Retiro. 1772 y 1794. Inventariado en el mismo sitio. Después de 1808 pasó al Palacio nuevo y de allí a la Academia de San Fernando, por Real orden de 11 de junio de

(1) Por errata, que no fué advertida, se puso 1.079 a éste, y 1.078 al siguiente, en la edición castellana de 1910.

1816, de donde se trajo en 1827. Figura ya en el Catálogo de Madrazo, de 1843, bajo el número 114. Le confundió con el siguiente al decir, desde 1885, que había venido del Escorial en 1845.

1.191—(1.079)—Retrato de doña Mariana de Austria.—Dice el Catálogo: *Repetición del número 1.190, sin más diferencia que la disposición de la cortina.*

No lo creo. Comparad detenidamente los dos y veréis cómo en aquel cuadro se encoge la figura, *se achaparra*, es menos elegante, se le acortan los brazos, se le sube el hombro izquierdo, se desdibujan la nariz y la boca, ésta sobre todo; y las manos, las impecables manos velazquinas, pierden por completo su carácter y aparecen débilmente dibujadas. Nunca Velázquez, dueño absoluto de la forma, pudo hacer la mano que apoya sobre la silla. El pulgar y el índice están torpemente contruñidos.

El cuello poco modelado, *hace plano* y parece que va a doblarse bajo el peso de la cabeza. Y *planos* son también el pecho y los brazos. Bajo ellos no se adivina la forma.

Y si os fijáis en ciertos detalles, los dibujos plateados del traje, por ejemplo, observaréis que faltó habilidad para interpretar allí lo que en este hermoso lienzo se razona admirablemente.

Aquí el colorido es rico, brillante; allí, apagado, *sordo*, como si hubiera estado el lienzo largo tiempo expuesto al sol.

Éste, el número 1.191, es el original; aquél, el número 1.190, una copia. Con menos motivo se han eliminado otros cuadros del Catálogo de las obras legítimas de don Diego, y de él habrá de hacerse desaparecer en plazo no lejano, ese número 1.190 que viene ocupando un lugar superior a sus méritos.

Así lo piensa el ilustre Director del Museo del Prado, quien para que yo pudiese confirmar lo que hace tiempo sentía, tuvo la bondad de mandar descolgar la copia, entrarla en la *Sala de Velázquez* y ponerla al lado del original (1). A la

(1) Además le debo una observación luminosa como suya. Me hizo notar el *servilismo* con que se trató de seguir el original. Eso pudo hacerlo Mazo u otro cualquiera, pero no el *propio cosechero*.

puerta de la Sala, y a mala luz, puede defenderse. Dentro, en compañía de los hijos legítimos del *Sevillano*, al punto se reconoce su espúreo origen.

Este cuadro, no el anterior, vino del Escorial en 2 de agosto de 1845, con su compañero el número 1.219 (1). Allí aparecen inventariados desde 1700.—En 1746. Cuarto de S. M.—1771. Galería de Príncipes.—1794. Segunda pieza del taller del Rey. Posteriormente, en la celda prioral. No recuerdo que de ellos hiciese especial mención el P. Santos, en ninguna de las cuatro ediciones de su obra (1657-1698).

1.192—(1.084)—Retrato de la Infanta Margarita María de Austria, no María Teresa según erróneamente dicen los catálogos anteriores a la edición francesa.

Su enorme guardainfante trae a la memoria aquel soneto de Quevedo, que dice:

Si eres campana ¿dónde está el badajo?
Si pirámide andante, vete a Egitto;
Si peonza al rebés, trae sobre escrito;
Si pan de azúcar, en Motril te encajo,
Si chapitel ¿qué haces acá bajo?
Si de disciplinante mal contrito
Eres el cucurucho, y el delito,
Llámente los cipreses arrendajo.
Si eres punzón ¿por qué el estuche dejas?
Si cubilete, saca el testimonio;
Si eres coraza, encájate en las viejas.
Si buída visión de San Antonio,
Llámate doña embudo con guedejas;
Si mujer, da esas faldas al demonio.

*En *Guárdate del agua mansa*, un personaje, ridículo, lleno de celos, cree haber hallado una escala de cuerdas, tomando por tal un guardainfante y como prueba de que alguien entraba y salía por los balcones.

Mirad si es verdad,
con más de dos mil pendientes
de gradas, arcos y cuerdas.
—Necio, loco, impertinente,
¿Esa es escala?—Y escala
que, si se desdobra, debe
poderse escalar con ella,
según las revueltas tiene,
la torre de Babilonia.
—Esto es para quien lo entiende.
—No lo sé armar.

(1) Números 2.937 ó 2.938 del Inventario del Museo.

No pudo Calderón hacer una burla más cumplida de los guardainfantes. Por tradición se asegura que fué inventado para ocultar la preñez de las damas que no tenían marido o estaban de mucho tiempo ausentes, y dijose guardainfantes porque escondía al infante» (1).

Las mujeres españolas esclavas de la moda, tuvieron siempre mucha afición a estos *abultamientos*, censurados ya por Fray Hernando Talavera, que abomina de los verdugos y caderas porque se cree que fué inventado y usado para encobrir los fornicados y adulterinos preñados por manera que todas las que lo traen buenas y malas son habidas por sospechosas e infamadas. —Este traje maldito y muy deshonesto, dicen que en esta villa (Valladolid) hubo comenzo o fué luego aceptado, usado y favorecido (2).

En el cuadro atribuido a Gallegos (núm. 710), puede verse el aspecto que presentaban las mujeres con ese artefacto bisabuelo del guardainfante y maldito progenitor del miriñaque.

(1) Adolfo de Castro. *Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII, fundado en el estudio de las comedias de Calderón*. —Madrid 1881.

(2) *Tractado contra la demasia de vestir y de calçar, y de comer y de beber*. Edición granadina de 1496. Academia de la Historia. 6-14-5.

Su calzado nos da también idea de lo que eran los chapines de 24 (!!) corchos usados más tarde por las elegantes del siglo XVII.

Afortunadamente la moda va hoy por caminos opuestos, aunque no menos censurables para los moralistas.

Al hablar de la corrupción del presente, es preciso no olvidar la de pasados siglos.

Sobre estos particulares tengo recogidos curiosos apuntes que no desespere ver publicados algún día.

Ya lo dijo San Jerónimo: *No hay en el mundo cosa más peligrosa para el hombre que la mujer, ni para la mujer que el hombre*.

Salvado del incendio del Alcázar, figura con el núm. 159 (que aun hoy tiene el cuadro), en el Inventario de 1747, diciéndose en él que es la Infanta Margarita,

1772.—Palacio nuevo (con el mismo número). Paso al cuarlo del Infante don Luis.

1794.—Cámara del cuarto del Príncipe, donde sin duda por error material se le da el número 163, que es el correspondiente al Príncipe Baltasar y a éste el 159.—Se evalúa en 6.000 reales. En 30.000, al hacer el Inventario de 1834.

PEDRO BEROQUI

(Continuará.)



TRADICIONES DE VALLADOLID

(Continuación) ⁽¹⁾

Nuestra Señora de San Lorenzo.

I

Al entrar en la iglesia parroquial de San Lorenzo en nuestro paseo buscando y comentando las historias populares de nuestra ciudad, dijimos al lector que nos acompañaba que no nos detendríamos por el momento en la capilla mayor, aunque otro día habíamos de volver y saborear á nuestro antojo lo que más llamase la atención del curioso en aquel templo modesto y sencillo donde va el vallisoletano á orar ante su sagrada patrona.

Hoy haremos la última visita á la referida iglesia para no volver por esta ocasión á hablar más de ella, aunque no la olvidemos, y en esta segunda visita anotaremos lo que se ha dicho acerca de la Virgen cuyo título encabeza estas líneas.

Pocas serán las ciudades del mundo católico que no enseñen con entusiasmo una imagen de la Virgen María, ante la cual van ó han ido las gentes sencillas y cristianas, mujeres en su mayor parte, á depositar el secreto íntimo de su almas sus pensamientos y sus satisfacciones, sus alegrías, y sus tristezas. Esta imagen de María, que suele llevar un nombre distinto para cada población, es la intermediaria, es la intercesora de los devotos que de hinojos ante su altar demándanla consejos sapientísimos y favores señalados que pagan con su buena fe y con una libra de cera.

Valladolid tiene también su Virgen devotísima, —como la tiene Zaragoza en la Virgen del Pilar

y Madrid en la de la Paloma,—que es precisamente la llamada Nuestra Señora de San Lorenzo; esta es la patrona de nuestra ciudad y á ella acude siempre el pueblo vallisoletano, henchido de fe y confianza, en sus apuros y desgracias, ella sale procesionalmente desde tiempos muy antiguos en todas las rogativas públicas, ella representa el entusiasmo religioso y la fe de las gentes creyentes y católicas.

La patrona es pura y angelical como la misma Virgen del Cielo y se la habla amistosamente y se la pide favores como pudiéramos hablar y pedir á un amigo. A María Santísima se la reza con fervor, con un respeto grandísimo, con una devoción profunda; pero á la patrona de la ciudad, como si nos fuera más familiar, la rezamos mezclando en el rezo algún pensamiento humano, la respetamos, pero deseando algo de su infinita bondad; es objeto de gran devoción y á su alrededor bulle el pueblo honrado que la visita de continuo para ofrecerla la ofrenda del trabajo que ella le ha aconsejado y la da el pan para sus hijos.

La patrona del pueblo no representa á la madre de Dios-hombre acongojada al pie de la Cruz santa, tampoco á la afligida Virgen llena de amargura y desconsuelo por los sufrimientos de Jesús, no es de ningún modo la mujer atribulada y llorosa que llega hasta el Calvario en pos de su Hijo, no es la imagen del dolor sagrado, no es el retrato de la tristeza; en la patrona del pueblo no se ven las lágrimas que corrían abundantes por sus mejillas, tampoco se recuerdan sus acerbas penas y horribles torturas; la patrona de la ciudad

(1) Véanse los números 136 á 139, 145 y 146.

representa el amor sublime de la madre, es como un venerable anciano que á todos aconseja, es como un buen amigo que oye á todos los que se arrodillan ante su altar, es la tierna Señora que endulza las lágrimas de la desgracia, que consuela en los infortunios, que protege en las adversidades, que cobija bajo su purpúreo manto los amores honrados nacidos de una sincera y leal amistad, es la protectora de los enfermos, la madre cariñosa de todos, el ídolo de los niños.

Por eso nuestras madres nos enseñaron á bendecirla, por eso nunca falta la candelaria iluminando su imagen, por eso siempre tiene en su altar infinitas ofrendas, muestras de otras tantas maravillas debidas á su clemencia é intercesión, por eso siempre tiene delante á la pobre huérfana, á la afligida viuda que lloran al ser perdido, por eso las madres de continuo rezan y suplicanla por sus hijos, por eso el pueblo la aclama y la dedica solemnísimas fiestas.

¡La patrona de la ciudad tiene el grandísimo poder de hacer hincar de hinojos ante su trono á las almas empedernidas ó á los poco creyentes que no les arredra ni las vivas descripciones del infierno ni les importa la justicia de Dios!

II

Ya indicamos en «El Cristo de la Cepa» de qué medios se valieron los cristianos de la Edad Media para ocultar á las burlas y á los insultos de los judíos y árabes las imágenes de su devoción; también dijimos en el mismo lugar que algunos han creído que las apariciones de santas imágenes, de Vírgenes y Cristos, eran preparadas muchas veces por los mismos católicos con objeto de conseguir una súbita y repentina conversión en los enemigos de la religión de Jesucristo.

Tanto lo primero como lo segundo ha sucedido con harta frecuencia y no es raro, por tanto, que cada pueblo cuente la aparición de alguna imagen de modo distinto en los detalles aunque idénticas sean en el fondo todas las descripciones.

De las iras de los árabes tuvieron que resguardarse mucho más los cristianos que de las fanáticas ideas sostenidas con heroísmo con el pueblo judaico, por que al fin aquéllos fueron conquistadores y como tales habían de imponer las leyes y reformar en parte las costumbres ordinarias del pueblo subyugado á su dominio. Sin embargo, no siempre los hijos de Cristo tuvieron que hacer sus funciones y prácticas religiosas á escondidas de los sectarios de la media luna; gozaban á veces de cierta libertad que les permitía la política árabe menos intolerante, á pesar de prohibírsele la ley de su profeta, en cuestiones de religión que la que caracterizó á los cristianos de los tiempos medios. No sólo éstos celebraban sus fiestas sin obstáculo alguno, sino que algunas veces los mismos servidores de Alá «iban á estas escandalosas fiestas á pretexto de encender luminarias, en las cuales oían *azalas* subversivas y blasfemias contra el profeta querido de Dios», por lo que en varias ocasiones hubo que llamar la atención de Alimenón, rey moro de Toledo, para que á los árabes les prohibiera terminantemente esos abusos y á los cristianos limitara un poco su extraordinaria libertad á pesar de su esclavitud.

El odio de raza, en general, siempre existía; no importaba que cristianos y árabes celebraran juntos sus fiestas; tampoco que si estos llegaban á dominar les dieran concesiones; podrían ser á veces unos y otros, vencedores y vencidos, muy amigos y hasta tratarse con consideración; pero á lo mejor reconcentraban sus odios, y al ponerse de manifiesto la diversidad de costumbres de dos razas opuestas, saltaban en terribles luchas que no terminaban hasta que la sangre derramada en abundantes charcos impedía el paso de uno ú otro bando.

La presencia de Nuestra Señora de San Lorenzo en Valladolid no se debe á otra cosa que á esas guerras, rencores y diferencias entre moros y cristianos.

JUAN AGAPITO Y REVILLA

(Continuará).

